

MICHEL LOMBARDO

Ricky Rincón

Michel Lombardo: Una Vida de Represión



Bel Rick

Capítulo 1

NOTA DEL AUTOR

El siguiente relato que presentaré a continuación es netamente parte de la ficción y producto de mi capacidad creativa e imaginativa para construir historias tan verosímiles que podrían confundirse o sencillamente ubicarse dentro de una realidad palpable, y no refleja de ninguna manera mis propias experiencias.

De modo que cualquier parecido con la vida real o cualquier otro tipo de relato similar o paralelo al mismo, es simplemente una remota coincidencia.

MICHEL LOMBARDO: Una vida de represión

Aun lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

Me encontraba caminando en un paraje solitario; venía de regreso del colegio. Me pareció que desviarme de mi habitual marcha y experimentar un poco la soledad y la aventura era una buena idea.

Pero no lo fue así.

Recuerdo que esa tarde tres corpulentos sujetos salidos de la nada avanzaron hacia mí con aire lascivo y a la vez intimidante. Todos ellos eran morenos y de cabellos cortos, y se parecían tanto en facciones que me habían dado la primera impresión de ser parientes cercanos. También me percaté que cada uno de ellos portaban relucientes navajas en sus manos izquierdas.

En ese momento, no me atemoriqué con sus repentinas apariciones. Yo era un tanto inocente—por desgracia— y no comprendía hasta qué grado podía llegar la maldad de algunas personas para arremeter contra otras tan débiles y sumisas como lo era yo. No vociferé ni emprendí la huida, tampoco exclamé ayuda—y era desde luego imperativo hacerlo—. Sólo me quedé allí de pie, mientras aquellos repulsivos sujetos me rodeaban con sus movimientos circulares. Escuché una y otra vez sus amenazantes y obscenas palabras, mientras rasgaban mis ropas con sus puñales.

Entonces, accedí sin opción alguna a sus peticiones, sin importar nada más a mí alrededor...

— ¡Michel! ¡Despierta!...

Desperté. Había tenido una vez más aquella recurrente pesadilla. Todavía me era difícil desprender aquellos recuerdos aletargadores de mi subconsciente.

—...se te hará tarde para ir a la universidad—finalizó.

No le respondí a mi elocuente y chillona madre mientras me frotaba los ojos.

Odiaba que me despertara abruptamente. Y es que para nadie es agradable que derramen agua fría sobre tu rostro para que recobres la lucidez. ¡Qué sutil era! ¿No? Mientras mi madre salía de mi habitación y yo me disponía a levantarme de mi cama, aquella escena vino a mi mente nuevamente como un flash de luces. Tal cual como en otras ocasiones, intenté reprimirla. Sujeté mis sienes con mucha fuerza y con insistencia susurré una y otra vez: ¡Sal de mi mente! ¡Sal de mi mente! Aquella frase siempre funcionaba para apartar de mi presente aquel horrible recuerdo del pasado, pero el esfuerzo mental que suponía tal ejercicio dejaba siempre una fuerte punzada en mi cabeza.

Cuando aquello solía ocurrirme con tanta frecuencia, deseaba más que nunca arrancarme la memoria o lo que pudiera ser más verosímil, caer en un estado de amnesia total en el que me obligara a desprenderme definitivamente de cualquier recuerdo, de cualquier experiencia desagradable. Sería bueno y ventajoso, en particular para mi intensa madre Eloísa, ya que de esa forma ella no tendría que seguir llevando a sus costas la injustificada culpa por lo acontecido conmigo hacía cinco años atrás.

Así es. Ella se sentía absurdamente responsable de mi “desgracia”, alegando en reiteradas oportunidades que de no haberme criado tan débil y frágil y lejos de una figura paterna, yo hubiese salido “ileso” de toda aquella tragedia. Según ella, hubiera sido capaz de defenderme, propinando patadas y puñetazos certeros a mis agresores, si en aquel entonces yo hubiese estado inscrito en clases de Taekwondo y no de teatro Shakesperiano que solo era para maricas.

Ella todavía se lamenta por todo eso.

Dejé de divagar y me introduje en seguida en el cuarto del baño. Me duché al menos por media hora, dejando que las gotas de agua de la regadera enfriaran mis pensamientos, por así decirlo; cepillé mis dientes frente al espejo ovoide sobre el lavamanos y lavé fervientemente mi cutis de porcelana con el jabón líquido que solía utilizar: Neutrogena.

Salí del baño, vistiendo tres toallas: una alrededor de mis caderas, otra sobre mis hombros y la tercera rodeando mi cabeza. Seguidamente hurgué dentro de mi closet de ropa y seleccioné un atuendo fresco y cómodo, sin muchas pretensiones de estar a la moda o de parecer un modelo de pasarela—aunque poseía un buen aspecto para serlo—, puesto que realmente odiaba todo ese tipo de frivolidades.

Una vez más frente al espejo ovoide, sequé mi cabellera rubia clara—ciento por ciento natural, gracias a la perfecta herencia genética de mi madre—con la secadora; la dejé tan lacia y sin friz, como siempre me agradaba lucirla. Tomé mi mochila de mi mesa de estudio y salí a enfrentarme a un nuevo día en un mundo todavía incomprensible para mí.

Esa era mi constante lucha.

Bajé las escaleras de caracol hacia el comedor de cerezo de seis asientos y mi madre ya estaba allí en la cabecera del mismo. En esos segundos, ella alzó su rostro y me observó fijamente o más bien, detallaba con minucia y desdén mi cabellera. “¡Genial! Aquí viene ella otra vez con su sermón matutino” —pensé falazmente. Entonces tomé asiento a su costado derecho. Sobre la mesa había leche, jugo de naranja, pan casero recién horneado, huevos estrellados, mermelada de albaricoque y un poco de fruta variada. Mi madre siempre se esforzaba lo suficiente en la cocina para ofrecerse a sí misma una excelente comida y agradar desde luego mi paladar.

Inicié mi desayuno, engullendo un poco de fruta. Mi madre bebía en ese momento un pequeño sorbo de su jugo de naranja.

—Michel, ¿no crees que ya es hora de que cortes tu cabello de una forma más adecuada? Lo llevas muy largo, a la altura de tus hombros—comentó ésta—. Deberías probar un estilo un poco más...varonil.

—Me gusta así, mamá—le dije, al tiempo que mordía un poco de pan.

—Hijo, por favor, comienza a actuar como un muchacho normal. Tus gestos, tu conducta, esa actitud. Están fuera de alcance. ¿Te has puesto a pensar que dicen de ti a tus espaldas en la universidad o en cualquier otro sitio al que acudes? O ¿qué rumores despiertas con ese comportamiento tan osado?

—Mamá, ¡basta, por favor! No empecemos otra vez con el mismo discurso que de costumbre. Respeta mis decisiones. Por favor.

—Han sido decisiones erróneas, Michel—me increpó—. Entiendo que hayas podido superar aquella amarga experiencia y no sabes lo que yo hubiera dado por evitarla, si hubiera sido posible hacerlo. Pero, lo que no puedo

comprender todavía es esta nueva personalidad tuya, este modo de vivir tu vida sin importar lo que digan los demás.

—Mamá, ambos sabemos que aquel “incidente” dejó secuelas irreversibles en mí.

No trates de ocultar las cosas, como siempre has tratado de hacerlo. Aquella mala experiencia me cambió por completo y marcó toda mi vida para siempre. Ya nada será como antes. Créeme.

—Si te esforzaras un poco más, podrías intentar regresar a esa vida de antes—insistió.

—No quiero hacerlo—le afirmé—. Una parte de mí desea seguir actuando tal cual como he estado haciéndolo hasta ahora.

Ella me observó con suspicacia.

—Supongo que te refieres a....esa preferencia que tienes para con los hombres—espetó, casi en un reproche.

—Se llama homosexualidad, mamá—añadí sin titubeos—. Y sí: me agrada mi condición. No me avergüenzo de ella. Pero, tú, lamentablemente sigues restregándome en mi cara tu aversión hacia ese tipo de conductas.

—Ello es más que una aversión, Michel. Es un pecado. La Biblia lo dice: “quien fornicar con otros hombres, no entrará al reino de los cielos”.

Mi madre había comenzado a asistir recientemente a una comunidad cristiana con el propósito de buscar orientación más allá del psicoanálisis que le proporcionaba su mejor amiga acerca de lo que consideraba un pecado imperdonable. De hecho, en más de una ocasión ella había intentado persuadirme para que la acompañase a sus reuniones dominicales y que escuchara la opinión de un pastor de nombre Jonás quien tenía aparentemente la solución a mi supuesta “desviación” del camino de Dios.

Desde luego, yo me oponía rotundamente a esa clase de encuentros, ya que no tenía intenciones de ser “exorcizado” ni mucho menos de escuchar las palabrerías de un desconocido quien evidentemente no podría ponerse en mis zapatos porque sencillamente no sabía lo que se sentía el estar en una situación similar a la mía.

Yo era católico hasta donde tenía noción (así como también lo había sido anteriormente mi madre) y aunque no leía asiduamente La Biblia y no asistía con tanta frecuencia los domingos a la iglesia local, sabía perfectamente que en la religión que profesaba no había restricciones ni

imposiciones de ese tipo. Según conocía de la Santa Palabra, mi Dios, quería a todos sus hijos por igual, más allá de sus posibles pecados o defectos.

Supongo que ÉL no me juzgaba de la manera tan cruel como lo seguía haciendo mi madre, al igual que su tonto círculo de amigos cristianos (ya me imaginaba sus conversaciones en torno a mi persona).

—Todos somos iguales ante los ojos de dios, mamá—me defendí.

Ella masculló algo desdeñoso que no entendí. O no quise escuchar.

—Busca una chica que te ayudé a superar ese trance.

—No pienso estar con alguien con quien no deseo estar.

— ¿Deseas entonces estar al lado de otro hombre?

—Así es.

—Jamás consentiré eso, ¿de acuerdo? Ya debes saberlo.

—Tengo 18 años, mamá. Lo bastante grande como para tomar mis propias decisiones.

—Vives conmigo y ello te obliga a regirte bajo mis reglas.

—Sabes que puedo buscar mi independencia. Tengo la capacidad de hacerlo.

— ¡Basta con eso, Michel! —Exclamó, propinando un gran puñetazo sobre la mesa—. ¿Piensas dejarme sola también, al igual que lo hizo tu desalmado padre? ¡Qué ingrato eres! Me levanté de mi asiento en un ademán crispado.

— ¡No, mamá! Basta tú con tus represiones. Estoy harto de lo mismo de siempre.

Deja de tratarme como a un niño chiquito quien no tiene voz propia.

—Te comportas como tal y lo sabes.

Yo exhalé secamente.

— ¿Sabes que, mamá? ¡Será mejor que me marche ahora mismo a la universidad! Hoy es el primer día de clases del nuevo semestre y no

quisiera que mi estado de ánimo se mermara con esta plática absurda.

—Sí. Márchate. Como siempre lo haces cada vez que no quieres escuchar la verdad.

Me ajusté la mochila y me giré para marcharme. Ella no expresó nada más que un seco exhalo tras mis espaldas.

No sabría decir cómo es que me permití que la disputa con mi madre minutos atrás, se viera reflejada en apatía y desazón a medida que incursionaba en los jardines de la universidad. Aquellas confrontaciones nunca habían sido una sorpresa para mí y desde que inicié mi nueva vida—por así definir mi condición—, se habían vuelto más recurrentes de lo que hubiera esperado. Siempre era lo mismo: mi madre trataba de tener la razón en todo y yo tenía que luchar incansablemente para hacerle entender algunos aspectos que ella consideraba erróneamente aceptables. Era más bien como intentar que un niño aprendiese la teoría de la relatividad. Aunque, viéndolo desde dicha perspectiva, sería mucho más fácil para el niño que para mi madre.

— ¿Qué te ocurre esta mañana esplendida y soleada, Michel? —me dijo Michael una vez que me encontré con él en las bancas de concreto.

Los hermosos ojos azul claro de Michael fijaban su delicada atención en mí.

—Ya sabes. Lo mismo de siempre con mi madre—le espeté, tomando asiento a su costado izquierdo. Instantáneamente su delicada fragancia masculina inundó por completo mis fosas nasales. Hugo Boss.

A nuestros alrededores se podía observar el vasto campus de la universidad, con aquella muchedumbre de universitarios inundando cada vez más los diferentes rincones del mismo.

— ¿Qué podría decirte yo esta vez para hacerte sentir mejor? —inquirió, risueño, batiendo seductoramente su melena rubia castaña hacia sus dos costados.

En los posteriores segundos, Michael rozó mi mano derecha de la forma tan especial que él solo sabía que mi corazón se aceleraría de un momento a otro. Yo le miré fijamente.

Y volví a perderme en su mirada de ensueño, esa fascinante mirada de Paul Newman de sus años mozos.

—Ya comienzas a hacerme sentir mejor—le repuse, sonriente.

—Eso es bastante bueno, viéndolo desde esta postura, ¿no es así?—dijo, señalando el gesto de nuestras manos.

Yo volví a sonreírle. Exhalé seguidamente ante su evidente flirteo.

—Sabes: te extrañé demasiado todo el día de ayer—le dije con una voz profunda.

—Tú también me hiciste mucha falta ayer—me convino.

—Eso lo supuse—le repuse con una sonrisa traviesa.

Un chico moreno transitó por nuestro frente en esos instantes y se percató de nuestra evidente conducta de "algo más que amigos". Yo me sentí un poco avergonzado con su marcado señalamiento. Preví eso también en Michael.

— Y bien, ¿cómo estuvo tu domingo? —me inquirió éste, introduciendo más el tema y deshaciendo súbitamente aquel tierno gesto que mantenía unidas nuestras manos.

—Pase el día entero viendo la tele. Ya sabes: entre telenovelas mexicanas y programas anglosajones. Bastante aburrido, ¿no es así?

—Uh. No del todo—me repuso con sinceridad—. Pero, hubiera sido mucho más divertido para ti, si yo hubiera estado a tu lado en esos momentos. ¿Podrías imaginarte apoyado sobre mi pecho mientras nos deleitábamos con dicha programación? Michael me sonrió seductoramente, arqueando hacia arriba sus labios carnosos y sus espesas cejas.

—Oh, vamos Michael. Sabes que ello nunca será posible—le dije—. Al menos, no en la casa de mi madre.

— ¿Cuándo piensas decirle a tu madre lo nuestro, Michel? ¿Qué es lo que tanto esperas de su parte? —me preguntó, con un leve semblante de molestia.

—Espero a que apruebe mi condición, supongo—le expresé, y miré de soslayo a mi costado izquierdo para no sostener su mirada de ese momento. ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 9

—Tú y yo sabemos perfectamente que ello no ocurrirá todavía. Es más difícil concebirlo que darlo por hecho—percibí de un momento a otro la acritud en su tono de voz.

Me concentré en él segundos más tarde.

—Sé que más pronto de lo que imagino, mi madre se dará cuenta que mi felicidad es ser como quiero realmente ser.

— ¿Y mientras tanto qué? ¿Nos veremos como siempre a escondidas tú y yo? ¿O esporádicamente en algún sitio de cualquier otro centro comercial que todavía desconozca tu madre o alguna de sus amistades? Nuestras miradas se encontraron fijamente. Sus ojos intentaban esconder esa contrariedad que no se atrevía a expresarme en un nivel mucho más insostenible para ambos. Mis ojos intentaban dulcificar dicha expresión con algo más que ternura.

—Ten un poco más de paciencia, Michael. Por favor. Toda esta situación también es difícil para mí. Y lo sabes. Mi madre terminará por apoyar mis preferencias. Ten fe en ello, por favor.

—No sé si pueda soportarlo por más tiempo, Michel. Comienzo a hastiarme de esta restricción que tú mismo decidiste imponer en nuestra relación de pareja por temor a confrontar a tu madre con esa verdad que tarde o temprano terminara por escuchar, pero no necesariamente de tus labios y de una manera sensata.

—Michael, yo aplaudo que tus padres te hayan apoyado en tu condición sin denigraciones y represiones. Incluso, me siento infinitamente complacido de que me hayan aceptado como tu pareja. Pero, debes comprender que con mi madre no ocurrirá exactamente lo mismo de buenas a primeras. Ella necesitará tiempo para asimilar que tengo actualmente un idilio con otro hombre.

—Entonces, ¡vivamos juntos tú y yo! Ya te lo he dicho: podemos buscar un empleo de medio tiempo, rentar un cuarto, vivir nuestras vidas a nuestra manera y sin represiones de ningún tipo para ti.

—Sabes que no me atrevería a hacer eso—le discrepé como siempre, cuando él sacaba a colación ese asunto de escaparnos—. Mi madre es la única familia que tengo y sería un acto ingrato de mi parte abandonarla cuando sé bien que me necesita tanto como yo a ella.

Michael se incorporó de la banca. Parecía que su enojo se había incrementado un poco más.

—Entonces, supongo que lo que yo sienta o esperé de nosotros dos, no significa nada para ti. Como siempre. Michael emprendió su marcha. O lo que podría ser más concreto para mí: su manipuladora huida.

—Oh, Michael. Aguarda, por favor. Tú no también—intenté detener sus pasos.

Pero no pude. Entonces vi todos mis posteriores intentos infructuosos.

Mi reloj de pulsera marcaba las 7:35 a.m. y ello me indicaba que era el momento para mi primera clase del día: Trigonometría II. Tenía mi horario de clases en mi mano derecha y mi libreta de apuntes en mi izquierda. En ese momento subía las escaleras, ladeado por otros alumnos que también se disponían a dirigirse a sus clases. Podía presenciar, como era habitual en alguno de ellos, sus observaciones que eran tan indiscretas como mordaces. Por estos días, ya ni siquiera había respeto y tolerancia por ello. ¿Acaso un simple gesto de agrado era tan difícil para ellos? Me hallé en el amplio corredor de salones y en seguida comencé a localizar en sus puertas de madera el correspondiente a mi clase: 213. Justamente lo hallé al final del pasillo, cerca de una pequeña puerta de cristal que se utilizaba para situaciones de salvamento en caso de alguna contingencia.

Tras pasé la puerta de madera y el salón se encontraba considerablemente atestado de alumnos, mis ahora compañeros de estudio. La mayoría eran caras nuevas y pertenecientes a otras secciones del anterior semestre. Algunos me dedicaron esa inusitada mirada de desagrado y preferí no darle la importancia que se merecían.

Sin embargo, un alumno en particular, a quien nunca había visto antes, se me quedó viendo desde su asiento. Era de tez morena clara, cabello lacio peinado hacia adelante y ojos negros muy profundos. Éste no me veía como los otros lo hacían. Podía atisbar una menuda y delicada curiosidad en sus afilados ojos (eran realmente somnolientos, como los de un asiático) mientras ubicaba un sitio para sentarme.

Entonces, me dedicó una leve sonrisa de satisfacción y bajó su rostro alargado de súbito sonrojo. Ni siquiera me dio tiempo de asentirle la sonrisa.

O su gesto de...simpatía desbordada.

Desde mi asiento, toda aquella demostración de cordialidad hacia mi persona me dejó levemente curioseado.

Y durante todo el transcurso de la clase no dejé de cavilar en mi interior acerca de ello.

Al término de la clase, los alumnos iban abandonando uno a uno el recinto de estudio. No obstante, el chico de tez morena clara continuaba aun en su asiento sin mirarme fijamente. Me pareció que intentaba hacerme entrever que estaba haciendo un repaso mental para sí mismo sobre lo que habíamos visto en la clase.

poco más, ya que conviviremos en esta asignatura. ICKY RINCÓN VIDAS
ROBADAS 12

—Bueno, de hecho, tengo solo cuarenta y cinco minutos antes de que inicié mi segunda clase—le informé, inspeccionando fortuitamente mi horario de clases. Levanté mis ojos para verle—. Así que podría ser una buena idea eso que propones.

— ¡Perfecto! —expresó complacido—. Acompáñame entonces. Yo invito.

—Ok—dije, colocándome de pie.

La cafetería estaba extrañamente desolada. Y realmente lucía como una de esas cantinas del lejano oeste en un lunes por la mañana.

No había ningún otro alumno más que Samuel y yo ocupando una de las veinte mesas rectangulares de cuatro asientos que se distribuían por todo el perímetro del lugar. Solo permanecían tras el traslucido mostrador la única empleada del lugar, la cocinera y la encargada del negocio. Las tres mujeres conversaban entre ellas mismas sobre trivialidades como el clima y el tráfico, como si con aquello pudieran desvanecer el ocio que les imprimía la ausencia de clientes en ese momento.

Me volví a mi frente para mirar a Samuel.

—Nunca te había visto por los pasillos de esta universidad, Samuel—dije, para iniciar un punto en nuestra conversación.

Bebí en ese momento un pequeño sorbo de mi refresco de piña. Él acababa de hacer lo mismo con el suyo de sabor a limón.

—Estás en lo cierto, Michel—me ratificó con una sonrisa—. Anteriormente cursaba mis estudios superiores de Diseño Industrial en una casa de estudios pública.

—Uhhh. ¿Y qué asunto te impulsó a abandonarla para estudiar dicha carrera acá, en una casa de estudios privada?

—Una beca de estudios financiada y otorgada por el gobierno. Decidí aceptarla, ya que no siempre se puede tener ese privilegio. Y bueno, todo fue cuestión de realizar algunas equivalencias de asignaturas que antes había cursado en la anterior universidad.

— Te felicito por ello. Y bienvenido a esta universidad—le dije lo que se me ocurrió en ese momento—. Espero logres acoplarte rápidamente a este nuevo escenario.

—Estoy convencido de que así lo haré. Ahora más que nunca.

Samuel volvió a sonreírme, pero esta vez de una manera tan particular que me hizo pensar en un momento que me estaba coqueteando. ¡Qué locura pensar eso cuando no tenía la certeza de lo que creía ver! ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 13

— ¿Y resides cerca de esta universidad? —le indagué para esfumar la sensación de leve arrebató en mí.

—En realidad, no—me dijo—. Mi localidad se encuentra bastante retirada de la universidad y debo tomar dos transportes consecutivos para poder trasladarme hasta acá.

—Oh, comprendo. Supongo que tus padres te ayudan con los gastos de la universidad.

—No del todo—me dijo y su rostro se tensó un poco. Me pareció extraño aquello—. En realidad solo vivo con mi... padre, ya que mi madre falleció cuando yo contaba con diez años de edad. Yo era su único hijo.

Samuel tomó un sorbo prolongado y desesperado de su refresco. Aquel comportamiento volvió a extrañarme aún más.

—Siento mucho oír eso acerca de tu madre—dije en tono lastimero—. Y bueno, es un alivio para ti que cuentes con el apoyo de tu padre.

Samuel me sostuvo su lánguida mirada por un momento y la plantó de súbito sobre la mesa.

—Ojalá pudiera decir lo mismo que tú, Michel—dijo con gran dificultad en su voz.

Había algo en él. Algo serio que lo afligía. Estaba convencido de ello.

—Si no deseas hablar de ese asunto, lo sabré comprender—dije con discreción, intuyendo rápidamente lo que se escondía tras aquellas consecutivas reacciones de incomodidad de su parte.

Él alzó sus ojos en ese momento. Nuestras miradas volvieron a encontrarse. Me compadecí de su semblante triste.

—No. En realidad quisiera ahondar un poco más acerca de ese asunto. Siempre es bueno contar con la voz de aliento de alguien que sabe escucharte y entenderte. Tú me das la impresión de ser esa persona que lo comprende todo.

Comenzaba a ganarme su confianza de buenas a primeras y era quizás algo favorable para mí, considerando que tanto él como yo escondíamos un profundo dolor en nuestro interior que necesitaba ser sanado de alguna manera.

—No tienes una buena relación con tu padre, ¿no es así?

—Estás en lo cierto. Desde la muerte de mi madre, mi padre ha cambiado lo suficiente como para desconocerlo como persona. Se ha vuelto un ebrio compulsivo, capaz de arremeter contra mí cuando así lo desea. A mis diecisiete años actuales, todo sigue marchando como en el principio de su drástico cambio.

— ¡Oh, dios mío! Tu situación es más complicada de lo que pensé. ¿Posees otra familia además de él?

—Solo mis tíos, hermanos de mi padre. Pero ellos me odian tanto o más que lo hacían con mi madre en vida. Jamás he tenido un acercamiento justo con ellos.

Simplemente no me quieren en sus vidas paralelas.

—Es mucho más lamentable eso que me dices—dije con aquel pésame en mi voz.

Todavía no podía encontrar dentro de mí las palabras adecuadas para ofrecerle esa voz de aliento que tanto se merecía escuchar. Samuel lo necesitaba, tanto como para haberme abierto su corazón y confesarme algo tan serio y delicado como aquello que no muchas personas se atrevían a revelar en un primer encuentro con un completo desconocido como yo. Sin embargo, él lo había hecho y fue verdaderamente noble de su parte que viera en mí a una persona sin máscaras quien pudiera entender y acompañar su interno flagelo.

Entonces me vi reflejado en su mismo espejo. De un momento a otro pude sentir lo que él estaba sintiendo en esos segundos; pude somatizar su pena y hacerla partícipe de mi propia situación. Tenía ahora la suficiente convicción y el valor para remitirle aquellos temores que han residido en mi interior desde hacía cinco años.

—Mi vida tampoco ha sido fácil, Samuel—le confesé—. Y es por ello que puedo comprender tu situación. Hace exactamente cinco años atrás sufrí una violación y ello me marcó de por vida, tanto como para cambiar mi estilo de vida y mis...preferencias.

Él me observó con curiosidad. Parecía meditar en su interior todo lo difícil que había supuesto mi vida en aquel discurso que le había ofrecido. Pero más allá de ello, no había siquiera una pizca de perplejidad en su

expresión, o algo parecido a la evidencia de un infortunio realmente desagradable de escuchar.

Aquello me alivió un poco.

—Lamento mucho que te haya sucedido eso, Michel—dijo lentamente al cabo de unos cuantos segundos después—. Toda mi vida siempre me he quejado de lo desdichado que yo solo he sido con el... maltrato de mi padre, pero ahora sé que existe alguien más que yo, con una experiencia un poco similar a la mía.

—He intentado superar todo ello, y aunque ya no me sienta tan frágil como antes, los recuerdos de “aquello” todavía residen en mi subconsciente por más que intento reprimirlos. Pero, estoy bien ahora. Eso creo.

—Disculpa mi pregunta, pero, cuando te referiste en un principio a que ese hecho te indujo a cambiar tus preferencias, ¿te refieres a que tú...eres...? ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 15

—Así es, Samuel—le interrumpí antes de que completara su interrogante—. Soy homosexual. Supongo que lo que se nota a simple vista no necesita anteojos, ni aclaraciones.

—No quiero que pienses que soy un homofóbico, Michel—dijo Samuel con precaución—. En realidad respeto las divergencias y jamás me regodearía para hacerte sentir mal por tu condición o burlarme de tu comportamiento, ¿de acuerdo? No es mi naturaleza sentirme superior a los demás. Además, ¿Cómo habría de serlo, cuando mi padre siempre hace valer su autoridad en mí, sobajándome todo el tiempo? Sentí alivio de saber que Samuel no era de esas personas como mi madre que gustaba verles defectos a los demás.

—Gracias, Samuel. Es un gesto amable de tu parte el que puedas ofrecerme tu tolerancia para con mi condición. Y con lo que respecta a tu padre, quizás deberías pensar en alejarte de todo el daño que él te ocasiona con su actitud. No sigas permitiendo que te agrede. Puede que sea tu padre, pero eso no le da el derecho de hacer lo que hace contigo. ¿Has pensado en denunciarlo?

—Jamás podría, Michel, aunque quisiera hacerlo—me dijo—. A pesar de lo que se ha convertido, sigue siendo mi padre e intento tener siempre presente ese vínculo para no hacer algo que después sea lamentable para los dos.

— ¿Qué esperas entonces de todo esto, Samuel? Debes hacer algo o esto se saldrá de las manos en cualquier momento. Él podría llegar a golpear

tan fuerte como para dejarte inconsciente para siempre.

—Sólo espero un cambio de su parte.

Hubo una ligera pausa.

—Tú y yo tenemos eso también en común—le dije—: ambos esperamos una ligera pizca de comprensión y entendimiento para con nuestros respectivos padres.

—Tu madre no acepta tu condición, ¿cierto? —me inquirió lentamente.

—Así es.

Él masculló de lamento.

— ¡Qué vida la nuestra! —exclamó con pesame.

Yo exhalé hondamente.

—Supongo que no tenemos otra opción que vivirla de esa manera—le repuse, igualmente en tono de lamento. ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 16 Los quince minutos restantes que me quedaban antes de que iniciara mi próxima clase, le pasamos conversando de temas mucho más agradables para nosotros dos.

Hablamos de cine, de música, incluso de literatura. Realmente había encontrado a alguien con quien podía sentirme a gusto platicando acerca de temas que me agradaba abordar en mis conversaciones. Samuel no era como mi madre—de ello estaba convencido— e incluso él tenía esa empatía especial para asimilar las cosas y que evidentemente carecía Michael, mi novio.

O al menos eso creía yo que aún lo seguía siendo para mí en ese momento.

Agradecí que Michael no hubiera hecho su repentina aparición durante el tiempo que transcurrió la compañía de Samuel. Y era más porque conocía desde ya cuál sería su reacción ante ese tipo de eventualidades. Él supondría en un primer instante que alguien más lo estaba desplazando de su estatus de “novio perfecto” y me expresaría desde luego su descontento con una confrontación. Michael era realmente inseguro en lo que respectaba a mí.

Otra desventura en mi vida que tenía que lidiar constantemente.

Sin embargo, en el momento que abandonábamos la cafetería, Samuel y

yo nos topamos tras la puerta de cristal a Michael.

En un primer instante todo parecía ser sosegado en él cuando detuvo en seco sus pasos frente a nosotros dos. Pero luego noté como Michael observaba a Samuel con un pronunciado señalamiento de persona no grata.

Samuel pareció algo confuso o más bien ajeno a toda aquella circunstancia, por lo que prefirió evadir la mirada de mi novio.

—Bueno, Michel, ha sido todo un placer platicar contigo. Realmente disfruté nuestra conversación. Espero volvamos a reunirnos pronto—dijo, enfocándose en mí.

—Espero que así sea—le dije, y miré en seguida a Michael. Éste había ladeado su rostro a su derecha y había hecho un fruncido mohín con sus labios.

Resoplé disimuladamente.

—Hasta pronto, Michel. Que estés bien—dijo Samuel, estrechándome su mano derecha.

—Igual para ti, Samuel—dije, aceptando su ademán. Sentí la increíble suavidad de su tacto hacia mí.

Samuel miró por última vez a Michael y advertí que este último le había fulminado con la mirada. Entonces sonrió levemente para sí mismo y se marchó de inmediato.

Michael y yo sostuvimos nuestras miradas en ese momento.

— ¿Qué fue todo eso que vi entre ese tipo y tú, Michel? —me inquirió Michael, evidentemente molesto. Y posesivo.

Suspiré.

—Acabo de conocerle en mi clase de Trigonometría II. Me invitó un refresco y platicamos un buen rato. Eso es todo—le expliqué sosegadamente.

Michael me dedicó una expresión bastante suspicaz. En ese momento entrecruzó sus brazos.

—Me pareció que fue demasiado amable contigo—me reprochó.

—Supongo que le he caído bien. Al igual que él a mí—le dije con ligereza

sin pensar en las posibles consecuencias de la osadía de mi comentario.

Súbitamente, Michael sujetó mi brazo derecho con un ademán un poco violento.

— ¡Óyeme! No juegues conmigo, ¿de acuerdo? Respétame la cara.

— ¡Suéltame, Michael! Me haces daño—le espeté, deshaciendo su repentino aspaviento.

Éste bajó la guardia de un momento a otro. Comenzaba a tener sosiego en sí mismo.

—Oh, lo siento mucho, Michel. Yo, yo...no quise...—se disculpó retóricamente.

—Siempre es lo mismo contigo—le contraataqué—. Sé lo que estás pensando en este momento acerca de Samuel y de mí, y déjame decirte que te equivocas una vez más.

—Disculpa mi arrebató. Es solo que no me agradó verte con ese tipo. Es por ello que no quiero que sigas frecuentándolo, ¿me has escuchado? Hay algo en él que no me da buena espina.

Resoplé secamente.

—Eso será imposible, ya que lo veré dos veces por semana en mi clase de Trigonometría II. ¿Piensas también prohibirme que asista a mi asignatura?

—Solo mantente alejado de él. Y punto. Yo sé lo que te digo. No sé porque, pero vi algo bastante extraño en su rostro. Presumo que te traerá muchos problemas más adelante.

— ¿Ahora eres lector de rostros?

—Michel, es en serio. No estoy bromeando. Solo aléjate de ese tipo. Por favor.

—Ya te lo dije: me ha caído bien y yo a él. No pienso distanciarme de él, solo porque tú tengas la leve impresión de que no sea una persona de fiar. **ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 18**

— ¿Y lo es para ti?

—En nuestra pequeña conversación, verdaderamente pudo demostrarme

su sinceridad. Él ha sufrido al igual que yo. Tenemos algo en común.

Michael exhaló ásperamente.

—Has lo que te plazca entonces... Caminó un poco más hacia adelante para abrir la puerta de cristal de la cafetería.

—No seas infantil, Michael. Por favor.

—Adiós...—dijo simplemente indiferente, cruzando la puerta.

Suspiré de resignación y me viré para dirigirme al edificio de la universidad.

*** El miércoles por la mañana, a la misma hora habitual, acudí a mi segunda clase de Trigonometría II. Y por supuesto volví a interactuar con Samuel en la misma, a pesar de que Michael me había prohibido que lo hiciera el pasado lunes.

Desafortunadamente Michael aún se encontraba distante conmigo—algo así como la distancia entre Mercurio y Plutón—. Así es: su absurdo enojo había trascendido a una frontera un poco más estrecha e impenetrable que antes, hasta el punto en que se rehusaba a contestar mis llamadas telefónicas, responder mis mensajes de texto e incluso acercarse a mí por los pasillos de la universidad.

Me quedaba más que claro que él había vuelto a los oscuros orígenes de nuestra relación. Y aunque me había prometido fervientemente en una ocasión que jamás volvería a tener esa postura de soberbia y renuencia, ahora comprendía perfectamente que aquellas promesas formuladas habían sido tan vacías y carentes de basamentos, como la apelación de un imposible. Muchos han afirmado que las palabras suele llevarselas el viento cuando realmente no son sustentadas con hechos verosímiles.

¡Cuánto anhelaba dentro de mí que un vendaval, con la fuerza y el brío de su ímpetu, se llevara consigo ese amor que sentía por él y que cada vez me estaba haciendo daño con su silencio!

— ¿Puedo tomar asiento contigo? —escuché una voz dulce y varonil a mis espaldas en medio de mis divagaciones internas.

Me volví para mirar. Era Samuel, tan risueño como la última vez.

—Por supuesto—le consentí, sonriente.

De inmediato, éste tomó asiento de frente a mí. A continuación, inspeccionó por unos breves instantes los libros que yo tenía sobre la

mesa de estudio.

— ¿Qué estudias, Michel Lombardo? —me preguntó, ahora jugueteando con sus dos manos.

Suspiré y dediqué una mirada fortuita a los libros en cuestión: eran dos gruesos ejemplares de Estadística y Probabilidades.

—Intento resolver algunos ejercicios que ha dejado el profesor para nosotros la clase de hoy—dije con desaliento.

Me observó con extrañeza, detallando mi expresión.

—Dijiste... ¿intento?

—Sí. Es que no puedo concentrarme realmente en ello. A pesar que la biblioteca luce en este momento calmada y en silencio—decía, al tiempo que mis ojos detallaban la perspectiva de aquel lugar donde nos encontrábamos—, bueno, como siempre suele estarlo, podría sentirme a gusto en su resolución. Sin embargo, hay algo dentro de mí que no me lo permite.

Samuel divagó dentro de sí.

— ¿Quisieras platicar conmigo acerca de lo que te ocurre ahora? Yo podría escucharte esta vez, tal cual tú lo hiciste conmigo el pasado lunes.

Dudé por unos minúsculos instantes en exteriorizarle mis preocupaciones. Pero él me inspiraba la suficiente confianza y simpatía para quererlo hacer en ese momento.

—Se trata de..., bueno, de mi novio Michael. Él no quiere saber de mí ahora.

Sentí como se alargaba mi expresión en esos instantes.

—Supongo que Michael es el chico que se topó en nuestro camino al momento de abandonar la cafetería el pasado lunes... Yo le asentí con mi cabeza.

—Me dio la impresión de que no le agradé en lo absoluto—me dijo como si se culpaba así mismo por ello—. Espero que todo eso no tenga que ver con lo que te ocurre ahora. Me sentiría realmente mal si descubro ser el causante de su distanciamiento contigo.

—No del todo—le dije—. Michael simplemente se comporta de tal manera, cuando siempre quiere tener la razón en todo. Es un chico excesivamente orgulloso de sus propias convicciones. ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 20

Samuel volvió a meditar en su interior.

—Llevas tiempo con él. Supongo—dijo, mordiéndose sus carnosos labios.

—Ocho meses para ser exactos—le confesé—. Y no todo ha sido color de rosa entre él y yo.

—Pero, ¿lo amas lo suficiente como para tolerar sus arrebatos? —indagó, súbitamente curioso.

—Todo ha sido cuestión de tolerancia. El amor todo lo sufre y soporta. Lo dice La Sagrada Biblia.

—Yo...—hizo una pequeña pausa a su dialogo—hace algún tiempo atrás, tuve una relación similar a la tuya con...alguien, quien no era lo que creí que podía llegar a ser para mí.

—Oh, ¡Qué lástima! Bueno, en realidad, el caprichoso destino algunas veces nos coloca junto a las personas equivocadas.

— ¿Crees que Michael ha sido todo este tiempo el indicado para ti? No sabía que responderle a Samuel en ese momento. Había toda una mezcla de sentimientos encontrados dentro de mí que intentaban confundirme para alegar tres desesperados argumentos sin la premeditación requerida: a) yo no estaba completamente seguro de que Michael era el indicado para mi vida—y lo peor era que no sabría decir hasta qué punto lo estaba—, b) una parte de mí, —ese trozo de mi ser que seguía anhelando seguir a su lado contra viento y marea— lo amaba y lo aceptaba con todos sus defectos y virtudes, como siempre podía hacerlo, c) Samuel se encontraba demasiado interesado en mí—y ello lo pude atisbar desde el primer segundo que le conocí— y a la vez preocupado en mi relación con Michael, como para hacerme entrever una vez más su especial empatía hacia todo lo que me rodeaba. O me afectaba en cierto modo.

Existía también un argumento “d” dentro de mí, pero preferí no suponerlo debidamente y lo reprimí en seco.

—Quizás—le contesté, vagamente—. Es una duda que todavía no le hallo una certeza concreta. Dicen por ahí que el amor también es irracional y testarudo.

Samuel aclaró su garganta en ese momento.

—Michel, ¿Qué pensarías tú, si tuvieras la oportunidad de pasar el resto de tu vida con alguien quien realmente está destinado a estar a tu lado? Su pregunta me resultó directa, concisa e intencional. ¿Acaso él se estaba colocando en esa posición? ¿O sólo eran vagas ideas de mi inexacta

percepción? ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 21

—Eh, bueno, te diría que abrazaría esa oportunidad. Contra todo pronóstico—me sinceré.

Reinó un sepulcral silencio entre los dos. Yo intentaba intuir el lenguaje de su rostro: era esperanzado, y casi podría jurar que tenía un leve regocijo dibujado en el mismo.

—Bueno, será mejor que me marche ahora y te dejé estudiando tranquilamente—me dijo, inesperadamente, colocándose de pie.

Sentí la leve aprensión de su partida. ¿Por qué habría de sentir aquella sensación en mi interior?

—Oye, Samuel, ¿Por qué el motivo de tu pregunta? —le abordé, antes que se marchara.

—Descúbrelo por ti mismo—me susurró delicadamente—. Vamos, sé que puedes hacerlo, Michel.

Mi mente quedó en blanco tras su implícito mensaje. Le vi alejarse de mí hasta perderse de mi vista.

Ahora bien, oficialmente mi mente se encontraba vagando en ese mar de confusiones y conjeturas que le había proporcionado las últimas palabras de Samuel.

¿Valdría la pena suponer aquello me que rehusaba a creer? ¿Acaso podría existir la remota posibilidad de que Samuel...? No, bueno, Sí. ¡Oh mierda! ¡Qué vacilación! Dejé las suposiciones para más tarde y retorné a mi incesante lucha por la resolución de los ejercicios probabilísticos. Divertido... ¿no? Resoplé de contenido hastío.

*** Pensaba demasiado en ese momento tumbado sobre mi cama.

Una y otra vez le daba vueltas en espiral a ese asunto.

Mi mente tiraba de un extremo a otro: entre la aclaración y la confusión.

Si Samuel era homosexual, y me estaba haciendo entrever su condición con un lenguaje demasiado recóndito para descifrarlo, era muy probable que también me estuviera haciendo entender que yo le simpatizaba lo suficiente como para expresarme indirectamente sus afectos. ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 22 Y allí radicaba mi confusión: no sabía con certeza si se trataba de un genuino afecto de su parte o si simplemente todo aquel comportamiento suyo tenía que ver con el hecho de que yo podría ser una aventura más para él, alguna otra experiencia masculina

que en cualquier momento él tendría que asumir para archivarla en su libro de vivencias.

Bueno, era eso a pensar que él intentaba dentro de sus malas intenciones, una especie de sucia y vil treta en mi contra.

Podría ser posible, dentro de lo que cabía, y aunque Samuel aparentaba ser tan perfecto y cordial hasta difícil de creer, quizás era conveniente tener que confiar en los supuestos que Michael tenía en un principio acerca de su persona.

Debía descubrirlo. El día de mañana.

*** Vi a Samuel marchar con bastante prisa en dirección hacia los sanitarios de caballeros. Estaba cabizbajo y escondía su mejilla derecha tras un pañuelo blanco que sostenía con insistencia en su mano derecha.

Yo seguí sus pasos. Él cruzó la puerta entornada del baño de chicos y penetró en el mismo.

Incursioné al lugar en cuestión y cerré la puerta. De inmediato le puse el seguro a la misma y le vi posado frente al espejo. Se percató de inmediato de mi presencia e intentó esconderme su rostro. Pero, fue demasiado tarde para él, ya que me di cuenta a tiempo del gran hematoma que tenía dibujado en su mejilla derecha.

Supe rápidamente de que iba todo aquello.

— ¿Qué te ocurrió, Samuel? —le inquirí, acercándome cada vez más a él—. ¿Tu padre te hizo eso, verdad? Samuel todavía no se atrevía a sostenerme la mirada.

—No fue nada—me dijo con recelo.

—Claro que sí. ¡Mira cómo te ha dejado! —le repliqué, indignado.

— ¡He dicho que no ha sido nada, Michel! —Subió una octava su tono de voz—. Yo he provocado esto. Como siempre.

—Aunque lo hayas provocado, es inadmisible—le contrataqué.

Hice una breve pausa. ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 23

—Mírame, Samuel, por favor... Samuel volvió lentamente su rostro a mí. Era peor de lo que lo había visto antes.

Ahora que podía detallar con detenimiento aquel grueso hematoma de color púrpura, el mismo se extendía hasta la parte superior de su parpado

derecho.

Alcé mi mano y la llevé justo a la herida para acariciarla suavemente.

—No puedes continuar viviendo de esta manera, Samuel—le dije—. Tienes que frenar esto. No permitas que tu padre siga abusando de ti de esta manera.

—Él...él...—farfulló Samuel—, siempre lo ha hecho, Michel.

—Sí, ya lo sé. Es por ello que debes...

—No me refiero a eso—me interrumpió, tajantemente.

Me quedé absorto por un momento. Él esperó mi respuesta.

— ¿De qué me hablas, Samuel? Samuel se descompuso. Comenzó a llorar como un chiquillo y aquello me alarmó mucho más.

—Oye, ¿qué ocurre? ¿Qué ha ocurrido? Dime...—le indagué, al tiempo que le consolaba, acariciando aún más su rostro afligido.

—Él ha abusado de mí, de mi cuerpo, en reiteradas ocasiones—me reveló aquello con demasiada dificultad y vergüenza.

Entonces, bajó su rostro y continuó llorando.

La noticia me dejó en estado de shock. Fue como si un maremoto me hubiese azotado y obligado a perturbar aquellas aguas mansas de mi pasado. Su inesperada revelación me había hecho recordar inconscientemente mi propia experiencia. Las imágenes de ese evento desagradable plagaron mi memoria en esos minúsculos segundos de sentir la punzada en mi cabeza, como el filo de una navaja, ya que una vez más obligaba a mi subconsciente a reprimirlas.

— ¡Eso no puede ser, Samuel!—no pude decir nada más que aquello.

—Así es, Michel. Tú y yo tenemos esa parte en común también. Pero a diferencia de ti, yo lo he tenido que vivir muchas veces—me aseguró Samuel, mientras intentaba aplacar su llanto.

Inhalé y exhalé consecutivamente aire para sosegarme. No sé si me sentía asfixiado por el hecho de que la experiencia de Samuel había avivado la mía o porque él tuvo que pasar por lo mismo que yo, pero, demasiada veces.

— ¿Cómo has podido permitir eso, Samuel? ICKY RINCÓN VIDAS

ROBADAS 24

—No me ha quedado remedio alguno—me espetó, resignado—. No sé si es el inmenso pavor que le tengo a mi padre para rebelarme contra él o por el hecho de que no tengo a otra familia conmigo con quien contar.

—Puede que tengas razón en algo—me apresuré a decir—. Aun así, esto se tiene que acabar. ¡Ya no más!

— ¿Cómo? ¿Dime? No cuento con nadie más en esta vida. Ya te he dicho que mis tíos me detestan. Irme del hogar de mi padre, sería igual como vivir en la indigencia después. Además, en el fondo, lo quiero por encima de cualquier cosa.

— ¿Padeces de Síndrome de Estocolmo?

— ¿Cómo dices? —me inquirió confuso ante la terminología.

—Sí, el síndrome en el que la víctima de alguna agresión padece de su agresor, por sumisión, comodidad, o miedo.

— ¿Te burlas de mí, Michel Lombardo? —ahora sonaba un poco indignado.

—No. Solo le estoy buscando alguna explicación a tu actitud. Nada te impide estar por más tiempo en ese infierno que dices llamar hogar, al lado de ese hombre que me parece inconcebible que sea tu propio padre y que sientas algo por él. Nos es justo que te haga pasar por todo eso.

—Y según tú, ¿qué sugieres que haga yo? —me inquirió, frunciendo su expresión.

— ¡Denunciarlo y buscar maneras más adecuadas de salir adelante!

— ¡No puedo, Michel! ¡No sería capaz!

— ¡Qué débil eres, Samuel!

— ¿Y tú si has sido fuerte todo este tiempo?

—Desde luego que sí. ¿Te parece suficiente el ultraje que tuve que afrontar de mis agresores hace cinco años atrás, las constantes represiones y denigraciones que he tenido que soportar de mi propia madre, de Michael, de todos y cada uno de los que me observan con desdén como si yo fuera un leproso? Dime ahora si eso no es tener coraje y fortaleza para vivir la vida y seguir adelante sin reparar demasiado en

todo lo malo que ha significado.

Samuel aguardó un momento. Quizás dentro de sí no encontraba las palabras correctas para confrontar mis aseveraciones.

—Discúlpame, Michel. De verdad—me dijo, súbitamente culpable de sí mismo—.

No quise ser insensible contigo. Sé que intentas ayudarme con todo esto, pero entiende que no podría hacer lo que me sugieres. A no ser que... Samuel se interrumpió así mismo por algunos segundos. ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 25

— ¿Qué cosa? Vamos, prosigue...—le insté.

—A no ser que decidas vivir conmigo en algún otro sitio—dijo sin titubeos.

Me quedé petrificado, como adherido al suelo. No podía moverme. No podía girarme hacia los costados tampoco. Permanecía con mis ojos clavados en la mirada esperanzadora de Samuel. Sus afilados ojos negros, me develaban una nueva posibilidad para vivir una vida sin represiones, una mejor vida que me merecía y que él por supuesto deseaba tener... ¿a mi lado?

— ¿No te has dado cuenta todavía, Michel Lombardo? —preguntó éste.

Le hice un gesto con mi cabeza y labios de que prosiguiera.

—Me gustas desde el primer día que te conocí—me confesó sin anestesia—. Y ahora, haré algo que debí haber hecho desde aquel momento... Acercó su rostro un poco más al mío y me besó. En un primer instante me pareció sorpresivo y osado su gesto, pero a medida que sus labios le imprimían ese delicado movimiento a los míos, comencé a consentir su afecto, experimentando esa sensación balsámica que nunca había experimentado cuando besaba a Michael.

Entonces se separó de mis labios. Y me sonrió con aquella dulzura acentuada en su rostro.

— ¿Tú sientes lo mismo que yo siento por ti, Michel? Suspiré hondamente.

—Sí. Has despertado un nuevo sentimiento en mí.

Él suspiró.

—Es bueno saberlo. Ya que tenía la leve sensación dentro de mí de que me estaba haciendo ilusiones yo solo. Pero, ¿aun tienes una relación amorosa con Michael? Creo que lo nuestro no podrá ser posible.

Vislumbré la desilusión en su rostro.

—No sé si eso pueda llamarse “amor” —le repuse dubitativo—. Él y yo somos como dos polos opuestos. Norte y sur, hielo y fuego, agua y aceite.

—Incompatibles querrás decir...

—Ya lo has dicho.

—Entonces, ¿pondrás punto final a esa relación? —me inquirió con aquella expectación reflejada en sus ojos.

—Creo que es lo mejor. No tengo cosas en común con él. Nunca las tuve y he vivido mintiéndome a mí mismo creyendo que las tenía. **ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 26** Hubo un pequeño silencio entre Samuel y yo.

—¿Quisieras intentarlo conmigo? —me inquirió éste, ahora con esa expectación que podría cambiarlo todo para él y que dependía solo de mi decisión.

—Me gustaría mucho—le afirmé tras un leve suspiro.

Samuel acercó una vez más su rostro al mío. Su fresco aliento me acarició mis sonrojadas mejillas.

—Pero, ¿con todas las de la ley? Entonces me volvió a besar de la forma delicada que antes.

—¿Te refieres a vivir contigo? ¿Juntos, tú y yo? —le inquirí, aun en sus labios.

—Así es—me asintió.

Era la misma propuesta que me había hecho Michael innumerables veces, solo que con Samuel era distinto. Era diferente porque él y yo teníamos más cosas en común de las que podría creer. También era particularmente desigual con respecto a Michael, porque Samuel necesitaba imperativamente otra vida, otro aire, otro futuro.

Y me convencía a mí mismo que su proposición no era del todo similar a la de mi aún novio porque en ese momento y en medio de nuestro prolongado beso, sentía cada vez más que él y yo estábamos destinados a

esta juntos.

—Debo pensarlo—le susurré.

Se apartó lentamente de mis labios.

—Hay que meditar muy bien ese paso que daremos—proseguí—. Debemos pensar en cómo le haremos para subsistir. Para empezar, ambos debemos localizar un buen empleo para rentar un lugar, costear los gastos de la alimentación, de la universidad y todo lo demás.

—Mi madre me dejó un pequeño fidecomiso antes de morir—me informó éste—.

Con ello, he podido costear los gastos de la universidad hasta ahora. Podemos usar algo de lo que todavía queda en él para rentar un lugar y pagar el primer mes de alquiler. El resto será cuestión de localizar un empleo, como tú lo acabas de proponer.

— ¿Te das cuenta que pudiste haber detenido las agresiones de tu padre desde un principio? Tenías los medios para hacerlo.

—Bueno, quizás. Aunque como tú lo puntualizaste hace algunos minutos: soy demasiado débil para tomar grandes determinaciones.

— ¿Por qué ahora has decidido hacerlo? ¿Y justamente conmigo? ICKY
RINCÓN VIDAS ROBADAS 27

—Porque siento que tú eres ese salvador que deseaba tanto que llegara a mi vida en cualquier momento, impulsándome a salir de mi prisión interna.

— ¡Vaya! Me has dejado sin palabras con ese intencional cumplido.

—Te quiero a partir de ahora en mi vida, Michel.

—Yo también, Samuel. Y no quiero que te vayas de ella—le convine.

Nos miramos fijamente a los ojos con esa manera tan especial que solo él y yo teníamos, y en ese gesto nos dimos cuenta que realmente nos pertenecíamos el uno al otro.

No fue necesario otro beso en ese momento para demostrar dicha verdad.

*** Ahora que conocía toda la verdad acerca de Samuel, esa verdad que me hacía formar parte de su vida de todas las maneras posibles, sabía de antemano que tendría que encarar a Michael con otra verdad que él no

estaría nada complacido de escuchar de mis labios.

Realmente ese era el pequeño detalle de mi vacilación en ese momento: el irreflexivo miedo que sentía dentro de mí de que las cosas fueran a empeorar de un momento a otro. Michael era prepotente, soberbio, testarudo y por si fuera poco, incapaz de aceptar una negativa con la sensatez requerida.

Hacía algunas horas atrás en la universidad, Samuel estaba completamente decidido a estar presente en la conversación que estaba a punto de sostener con Michael.

Sin embargo, le convencí que era mejor para él que me dejara atender por mi cuenta dicho asunto. También le había dicho que los alcances de Michael eran lo bastante impredecibles como para intentar cualquier cosa que pudiera dañarlo de alguna u otra manera. Ambos sabíamos que nos estábamos colocando en la cuerda floja de una peligrosa pendiente, si decidíamos confesarle finalmente a Michael que nos habíamos enamorado.

Sólo que yo decidí recorrer ese camino a solas, sin importar el dolor de la posible caída.

Me dispuse timbrar la puerta. Finalmente.

Michael la abrió a los pocos segundos después. Tenía cara de pocos amigos.

— ¿Qué haces aquí, Michel? —inquirió éste a la defensiva. **ICKY RINCÓN VIDAS ROBADAS 28** Yo me encontraba tras la puerta entornada de su casa, aguardando quizás un gesto amable de su parte. Un "pasa adelante, por favor". Tal vez.

—Necesitamos hablar—le dije.

Michael me observaba con un gesto bastante ceñudo. Sus ojos azules tenían en ese momento una expresión salvaje y a la vez gatuna. Después de todo, en nuestra historia, yo siempre había sido el ratoncito asustadizo, preso en su madriguera e incapaz de confrontar el peligro que le acechaba.

—Ya para de observarme así, Michael—le amonesté—. Vengo en son de paz. Al menos, invítame a pasar. Por favor.

Michael exhaló secamente. Enseguida abrió un poco más la puerta principal y me hizo un austero ademán con su mano derecha para que

incursionara en su domicilio.

—Gracias—le asentí con una media sonrisa, avanzando unos cuantos pasos.

La puerta se cerró abruptamente tras mis espaldas.

— ¿Tus padres se hallan en casa ahora? —le pregunté, vacilante, al volverme hacia él.

—Han salido al supermercado. No deben tardar en llegar—contestó de mala gana, entrecruzando sus brazos a modo de apatía—. ¿De que deseas hablar conmigo, Michel? Oh, aguarda, déjame adivinar: de lo bien que la pasas en compañía de ese indio—finalizó con una pronunciada nota de sarcasmo y desdén al mismo tiempo.

—Samuel, su nombre es Samuel—le recordé, un poco molesto de la apreciación que tenía acerca de él—, y no es ningún...

—Te he estado observando a ti y a ese tipo en varias oportunidades por algunos lugares de la universidad—me interrumpió éste, tajantemente—, y déjame decirte que he intentado con todas las fuerzas posibles no hacer una escena de celos frente a usted